

cial, la nota dominante, para la interpretación de conjunto, es de satisfacción, de expectativas de permanencia larga en los hogares actuales. Aunque en algún sitio se afirma que “el estrato de los desposeídos, tan notable en la mayoría de las capitales latinoamericanas, está ausente” de San Juan, se reconoce la subsistencia de barrios bajos “con condiciones de vida muy malas para ser tolerables” y que el ritmo de *decrecimiento* de los mismos asegura su pervivencia por dos siglos. En un nuevo “a pesar de ello”, se reconoce que San Juan, más que las ciudades de su Estado asociado continental, se ha aprovechado de los fondos federales para la construcción de casas baratas. A lo que hay que agregar un nuevo “a pesar de que”, pues, como a los estadounidenses, a los portorriqueños (que difieren en esto de otros latinoamericanos y de los europeos, según los autores) les gustan más las casas familiares aisladas que los multifamiliares. Ante lo cual habría que preguntar si no es ésta, también, la preferencia de los mexicanos, aunque no sea la casa unifamiliar el satisfactor que haya podido o haya querido ofrecerles su gobierno.

Las conclusiones son optimistas para San Juan y para la ciudad en general. San Juan, entre otras cosas, ha evitado los dilemas amargos de segregación racial y étnica de las ciudades estadounidenses y tanto él mismo como la ciudad en general, parecen mostrar que el vecindario ciudadano típico “es un sistema viable, bien integrado, capaz de satisfacer las necesidades de los habitantes y de facilitar un ajuste indoloro al ambiente urbano”. Para quienes creemos que a la ciudad se le ha loado y calumniado por igual injustamente, un punto de vista como éste nos hace oír una nota agradable, ni extremadamente aguda, ni extremadamente grave, muy adecuada para un trabajo científico.

(U. V.)

Pablo González Casanova: “L'Evolution du Système des Classes au Mexique”. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 39. Julio-diciembre, 1965, pp. 113-36.

Por razones fáciles de entender, esta nota rehuye todo comentario y se reduce a ser un extracto de algunas de las expresiones principales del autor en relación con el problema que trata.

La finalidad de este trabajo es analizar la estructura de México para estudiar los factores que determinan el comportamiento *sui generis* de sus clases sociales, distinto del modelo marxista de conciencia de clase y de acción política de clase. En México no hay clase laborante que posea una conciencia de clase.

La estructura social de México presenta grandes desigualdades. Conviene establecer —como primera aproximación— una estratificación dicotómica en capas laxas que permitan distinguir a quienes no poseen de quienes poseen, a quienes no participan de quienes participan en el desarrollo del país. Esto es posible mediante la utilización del censo de 1960. Todos los índices revelan que las clases media y alta constituyen proporción mínima de la población.

De los datos, se puede deducir que si el ingreso medio es muy bajo en México y si las clases medias y altas ocupan una proporción muy reducida de las capas sociales, estas diferencias se acentúan particularmente en el campo, en donde el ingreso es más bajo y las clases medias y altas son aún menos numerosas que en la ciudad, y en donde la distribución del ingreso es aún menos equitativo y los niveles de vida más bajos.

El proletariado mexicano —por su parte— en su mayoría se agrupa en partidos y sindicatos gubernativos. El partido del gobierno posee, así, una afiliación de tipo colectivo. El sindi-

caísmo está sometido, consiguientemente, a la política del gobierno. Un índice de esta dependencia lo proporcionan las huelgas: cuando gobiernan presidentes conocidos por su política obrera y popular, hay mayor número de huelgas y huelguistas; es como si los dirigentes sindicales y los obreros se sintieran protegidos o estimulados—incluso— por la fuerza presidencial.

Si se considera el panorama en conjunto, puede afirmarse que, en la medida en que el país mantenga las tasas elevadas de desarrollo y de movilización y continúe la política de movilización equilibrada, la seguridad política y económica del sistema actual tiene máximas probabilidades de durar. En tal caso, es probable que la estructura social de México se vaya aproximando más y más a la de una sociedad neo-capitalista sin haber pasado, con todo, por el estadio clásico del capitalismo.

Con todo, ya desde ahora, se percibe en la sociedad mexicana la mezcla *sui generis* de subdesarrollo y de neo-capitalismo.

Ramón Eduardo Ruiz: *Mexico: The Challenge of Poverty and Illiteracy*. The Huntington Library. San Marino, California, 1965. pp. 234.

Ramón Eduardo Ruiz es uno de esos descendientes de mexicanos, nacidos en Estados Unidos de América, que honran por igual a su suelo natal y al país de sus padres. Honra a su suelo natal por el nivel de preparación académica que logró en él; a sus padres, porque no los revela como cultivadores de su interés por el viejo hogar: por un país que sufre serias deficiencias y que, no obstante, se obstina en responder al reto: al reto de la pobreza y del analfabetismo, dos problemas que no se suman sino se multiplican entre sí. Como que, si en algo vale nuestra distinción entre desarrollo, evolución y progreso es por lo que

tiene de correspondencia con un saber de sí que tiene que apoyarse en el alfabetismo; con un poder de auto-realización (de actualización de potencialidades) enraizado en la técnica; con un avance que tiene manifestaciones objetivas principalmente económicas.

Latinoamérica, África, Asia comparten varios problemas: existen éstos en todas estas áreas, aunque en grados y con manifestaciones diversas. Existe en ellas, se nos recuerda, “gran pobreza rural, economías desequilibradas que favorecen a las minorías urbanas, concentración de la tierra en manos de los elegidos (la *élite*), dificultades étnicas y lingüísticas; un analfabetismo ampliamente extendido”. En Latinoamérica, sin embargo, México tuvo una revolución (un cambio o, por lo menos, un intento de cambio, parcialmente logrado y en parte fallido) que precedió a las convulsiones asiáticas y africanas de nuestros días. Los cambios que se trataron de introducir fueron sancionados por la Constitución de 1917 y, entre ellos, el educativo pareció dirigirse preferentemente a las masas campesinas.

Se construyeron —se han venido construyendo—, escuelas, a ritmo rápido, incluso en villorrios y rancherías apartadas; pero, como indica Ruiz, la construcción no ha dado alcance al ritmo de crecimiento. Observación es ésta que suscita dos reflexiones. Por una parte, la referencia es a los informes presidenciales y a una de sus fallas más notables: no basta, en efecto, con mostrar el crecimiento continuo de los servicios (que favorece el optimismo); es indispensable dejar constancia —correlativamente— de cómo crecen las necesidades y cómo los satisfactores, para apreciar si hay mejoría real, estancamiento o, incluso, empeoramiento de nuestras condiciones de vida. Por otra parte, hay otra reflexión que hacer en cuanto si el rezago se produce entre la población necesitada y los servicios es, en buena parte, por-